

NEW LEFT REVIEW 113

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE - DICIEMBRE 2018

ARTÍCULOS

GÖRAN THERBORN	La nueva Suecia	7
DAVID KOTZ	¿Recuperación estadounidense?	31
PERRY ANDERSON	Una tarde con Althusser	61

ENTREVISTA

RICHARD STALLMAN	Hablando con el cartero	71
------------------	-------------------------	----

ARTÍCULOS

ALICE BAMFORD Y DONALD MACKENZIE	Contraformatividad	99
-------------------------------------	--------------------	----

CRÍTICA

DYLAN RILEY	Una metafísica para Occidente	127
ZÖE SUTHERLAND	La obra de arte como crítica	143
JOHN GRAHL	¿Más allá de la redistribución?	153

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

PERRY ANDERSON

UNA TARDE CON ALTHUSSER

Verano de 1977

Althusser y su mujer Hélène Rytman pasaban unos días en Londres, a donde habían ido a visitar a su amigo Roberto Matta, el pintor surrealista chileno. Era la primera visita de Althusser a Inglaterra. Al parecer, el motivo de su llamada tiene que ver con el ensayo sobre Gramsci publicado en la NLR 1/100, ya que está trabajando en un artículo sobre Gramsci para Rinascita. Fueron cuatro horas de conversación¹.

A LTHUSSER ERA, EN términos generales, reservado en cuestiones personales, las preguntas íntimas sobre su vida recibían una respuesta cautelosa, si bien no inexpresiva. Las dos experiencias fundamentales de su juventud fueron el catolicismo, con el interés que por entonces este manifestaba por la «cuestión social» (una de ellas, según comentaba él con ironía), y sus cinco años de cautiverio en Alemania durante la guerra. Al igual que le sucedió a Williams o a Hobsbawm, la guerra interrumpió su proceso de formación, que solo se reanudaría en 1945. Althusser recibió una escasa preparación filosófica, asistiendo, como mucho, a algunas clases de Merleau-Ponty. Su decisión de afiliarse al PCF en 1948 no la motivaron los progresos de la Revolución China ni tampoco la crisis checa, sino que más bien parece que fue el producto de una evolución gradual a partir

¹ *Aide-mémoire* escrito en julio o agosto de 1977, tras una visita inesperada de Althusser a las oficinas de la *New Left Review*. En febrero había aparecido en la revista mi artículo «The Antinomies of Antonio Gramsci», *NLR* 1/100, enero-febrero de 1977.

de 1945 (y un efecto, también, de la Guerra Civil española), precipitada por factores personales (¿tal vez el encuentro con su mujer, de la que no hablaba?, digámoslo como conjetura).

A la pregunta de cuál fue su reacción ante el XX Congreso del PCUS, hizo una de las observaciones más importantes acerca de su propio desarrollo: «Creí, equivocadamente, que representaba el gran peligro para el marxismo, dijo. Esa era toda mi idea política en aquel momento y después, en los ensayos que escribí en la década de 1960. Ahora, sin embargo, entiendo que el peligro real para el marxismo provenía de mucho más atrás en el tiempo, de la década de 1930, del estalinismo». En efecto, el estalinismo *era* la crisis dentro del marxismo, pero la enmascaraba en forma de estasis petrificada o no-crisis. La propia inmovilidad de la ideología estalinista era el peor síntoma de aquella crisis, que el *jruschovismo* no hizo sino volverla móvil y visible.

Hoy podemos reconocerle a Fernando Claudín el mérito de haber visto la profundidad de la crisis de la teoría marxista mucho tiempo antes, si bien no la trató desde el punto de vista filosófico. Aquella situación histórica sí produjo, de hecho, una suerte de pesimismo en el pensamiento de Althusser (una alusión a las *Considerations on Western Marxism*, obra de la que él había leído un capítulo traducido), un pesimismo que comparte con otros pensadores. Tras la publicación de su reciente opúsculo sobre el XXII Congreso del PCF (véase a continuación), ahora está trabajando en un polémico artículo sobre Gramsci para *Rinascita*, cuyo sentido es análogo al del texto aparecido en la *NLR* (crítica de la idea de hegemonía), pero que Althusser expresa en términos filosóficos antes que históricos. Dio a entender que eventualmente podría renunciar a publicarlo por considerarlo demasiado duro para ser acertado. Por otro lado, manifestó su deseo de publicar, para su difusión masiva, un libro breve y compacto sobre el Estado capitalista hoy.

PCF

Ante la pregunta acerca de la vida en el PCF, Althusser hizo hincapié en la completa transformación que han sufrido los miembros del Partido en los pasados cinco años. Según él, los nuevos reclutas jóvenes, muy numerosos, carecen de cualquier tipo de formación marxista seria, y solo se han afiliado en el contexto del Programa Común. Representan

un absoluto contraste con aquellos que vivieron el denominado *tercer periodo*, el Frente Popular, el pacto nazi-soviético, la Resistencia y la Guerra Fría, experiencias cuya intensidad y variedad obligaron a los militantes de aquella época a pensar por sí mismos, y a pensar en serio. Quedan ahora muy pocos cuadros de aquel tiempo en el Partido. Los más viejos son en su mayoría de la generación de Althusser. Tal es el caso de su contemporáneo político Georges Marchais.

Por los dirigentes no manifestó Althusser mucho respeto. Marchais ha sido elegido como sucesor de Waldeck Rochet mediante un proceso de eliminación, más que nada por su condición de candidato menos controvertido, o menos novel. Por su estilo franco y directo ha adquirido una cierta autoridad en el Partido y, aunque en televisión tiene cierto aplomo, sus limitaciones son muchas. Roland Leroy, que es más capaz, está enfermo. Paul Laurent y René Emile-Piquet son demasiado jóvenes para el cargo. Althusser observó, como si de una falta se tratara, que Laurent mencionó el otro día que al estallar la Guerra Civil española él tenía cinco años. Los líderes del PCF son rematadamente antisoviéticos en privado; revelan un desprecio chovinista por los «atrasados» rusos, los *muzhiks*, y alardean de la capacidad del PCF para hacer las cosas en Francia mucho mejor de como el PCUS las hizo en Rusia. En general, la URSS es para ellos un asunto cansino y embarazoso. Ante la pregunta sobre el grado de conocimiento de la Unión Soviética que tienen los dirigentes del PCF, Althusser observó que todos los miembros del Comité central francés tienen derecho a tomarse unas vacaciones gratuitas en la URSS cada cuatro años, mientras que los miembros del Politburó pueden hacerlo con carácter anual, a fin de que se familiaricen con la vida en Rusia. Sin embargo, no hay entre ellos ninguna reflexión seria acerca de la sociedad soviética en tanto que experiencia histórica.

La perspectiva internacional de los partidos comunistas occidentales es hoy en cierto sentido similar a la del Partido Comunista Chino: apoyo a la OTAN y garantías a Washington de que nada demasiado serio va a cambiar dentro de su esfera de influencia. El antisovietismo ha pasado a ser endémico en Francia, Italia y España (Althusser describe a Carrillo como un dirigente comunista muy capaz, que por desgracia no es marxista). La perspectiva de la unión de la izquierda es, según él, un puro salto al vacío, ya que ninguna fuerza —y el PCF, menos que ninguna— tiene una idea real de lo que pasaría una vez ganaran las elecciones. Sin embargo, el proyecto del presidente, consistente en desvincular el PS

del PCF tras la victoria en las elecciones, no es realista, pues no hay ninguna posibilidad de que el conjunto del PS, cuyos militantes están ahora profundamente imbuidos de las ideas del Programa Común y cuyos dirigentes están empeñados en asegurar la hegemonía política del partido sobre la clase trabajadora francesa para compensar su debilidad en los sindicatos, acepte una coalición con el centro. El PCF había avanzado algo, por fin, en las elecciones municipales, siendo las de Saint-Étienne y Reims las subidas más interesantes.

La propia situación de Althusser dentro del PCF estaba marcada por el aislamiento y la sospecha. Cuando en abril se programó una alocución suya ante la Unión de Estudiantes Comunistas, Catala —el secretario general de la organización juvenil del partido, que por entonces tenía 41 años— lo telefonó para cancelar el evento. Althusser se negó. A continuación, trató de que su discurso se imprimiera en la prensa del Partido: y se topó con dilaciones, obstrucciones, alegaciones de inoportunidad y, en definitiva, rechazo. Así las cosas, la publicación se haría ahora, en versión ampliada, en la editorial Maspero. Cansado de la debilidad de los argumentos contra los derechos de las tendencias dentro del Partido, Althusser respondió con la constatación de que la cuestión era dinamita en el seno del PCF: el único *sanctum sanctorum* que la dirección estaba determinada a mantener. No importaba cuál hubiera sido la norma en la época de Lenin: en el partido francés de aquel momento era imposible defender tendencias, y hacerlo implicaba resignarse a recluirse en un gueto. Por otra parte, el propio PS estaba ahora siendo presionado por Mitterrand para que aboliera las tendencias en su seno. Althusser relataba, con una mezcla de pavor y escándalo, que dentro del PS había tendencias institucionales, con sus propias cuotas, periódicos, oficinas y organizaciones, y que Mitterrand no podía tolerar esa situación durante mucho tiempo. ¿Cuál era la alternativa? Algunos amigos de la Liga Comunista Revolucionaria le habían dicho que allí las tendencias solo existían para las discusiones previas a los congresos y que luego desaparecían. De modo que ni siquiera allí existían derechos institucionalizados de tendencia. Sin embargo, tarde o temprano debería ampliarse la libertad de discusión dentro del partido, pues tal era la lógica del XXII Congreso del PCF, por muy recalcitrantes que fueran sus dirigentes. La lista recomendada, de hecho, probablemente sería liquidada pronto, pero no había que albergar grandes esperanzas en cuanto a los resultados. Los miembros estaban acostumbrados al conformismo y a la obediencia, y probablemente votarían en cualquier caso por los mismos hombres y por las mismas políticas.

El Partido no recurriría más a las expulsiones, pero podía imponer un ostracismo que él trataba de evitar. Desde el XXII Congreso los controles culturales, lejos de relajarse, se habían intensificado. Un síntoma significativo de ello era la destitución inmediata del secretario responsable de *La Pensée* —una persona tolerante que siempre había ayudado a Althusser a publicar sus artículos allí— y su sustitución por Casanova, prominente funcionario del aparato. La cultura en general era ahora supervisada por Chambaz, un mediocre colaborador de Marchais. En general, el Partido trataba las ideas de Althusser con un silencio sistemático. Ni *Pour Marx* ni *Lire le Capital* habían sido nunca reseñadas en la prensa del Partido. *Positions* había sido publicada por Éditions Sociales, pero no por ello se había vendido más entre los miembros, pero los trabajadores eran muy capaces de comprar libros de la editorial de Maspero, si querían.

Los alumnos de la École Normale y de otros lugares son hoy en día mucho más apolíticos que en la década de 1960 y aquellos que se han afiliado al PCF son, por lo general, pasivos y acríticos. Apenas quedan ya, según él, intelectuales serios o de mérito dentro del Partido. Todos los amigos de Althusser, de su generación, se han ido yendo poco a poco; él cita a Jean-Pierre Vernant, a Jean Toussaint Desanti y a Michel Foucault, que había sido miembro desde 1948. Los psicólogos, escritores, artistas o científicos pueden trabajar sin dificultades dentro del PCF, pero no así los historiadores, los filósofos y los sociólogos. De ahí la ausencia de investigación o de trabajo teórico marxista. Supongo, decía Althusser, que el Partido Comunista Británico de hoy en día tiene más intelectuales genuinos en su seno que el Partido Comunista Francés.

CHINA

Preguntado sobre si no se había equivocado en la valoración que hizo del PCCh a finales de la década de 1960, junto con muchos otros marxistas en Occidente, Althusser asintió. Era, según él, muy difícil conocer la realidad de la sociedad china y las visitas oficiales de los simpatizantes servían de poco; sí había percibido, no obstante, un entusiasmo decreciente en los amigos que habían viajado a China en años recientes. Sin embargo, una mujer que había estado allí durante una estancia de dos años había ofrecido algo que se acercaba a una exposición precisa, pensaba él. Para las masas, el mundo era solo el de la vida cotidiana, una existencia diaria que era extraordinariamente transparente, en el sentido de que todo el mundo

sabía lo que el otro estaba haciendo y por qué lo hacía, de una manera que resultaba impensable en una sociedad capitalista.

No obstante, por encima de ese mundo cotidiano transparente —o mejor, por detrás de él— estaba el ámbito de la política, del cual estaban absolutamente excluidos, y del que no sabían nada. Las órdenes venían de arriba y ellos obedecían. Dentro del Estado que expedía esas órdenes había tenido lugar una degradación evidente en los últimos años. Sin embargo, el verdadero problema era la tradición milenaria de decir «sí» dentro de China, que se remontaba al pasado más remoto en la historia del país. Eso era lo que producía la profunda pasividad de las masas en la China actual. Confucio había sido el pensador que teorizó la tradición de la obediencia y la observancia, y si al final los radicales habían tratado de hacer campaña contra él, no fue por accidente. Ese inmenso «sí» del país era una imposibilidad en Occidente, donde había habido revoluciones burguesas que habían producido toda una tradición intelectual capaz de decir «no». La ausencia de cualquier revolución burguesa en la historia china era un hecho de central importancia para entender el país.

Al hablar de las estructuras comparativas de las Revoluciones Rusa y China, Althusser reconocía una mayor adhesión por parte de la población campesina en el caso de la Revolución China, si bien observaba que, aunque la revolución los había despertado puntualmente hacia la política, después los campesinos habían regresado a sus hogares, a la tierra y a la docilidad. Los obreros, que dejaron su impronta en la Revolución Rusa, podrían haber jugado también en China un papel fundamental de no haber sido por la contrarrevolución de 1927 (la frase no está del todo clara, esta es una posible interpretación de la misma).

GRAMSCI

Gramsci fue un gran líder comunista, pero un marxista vacilante. Para demostrar la aporía de sus ideas de hegemonía, Althusser planteaba una ecuación. En los *Quaderni del carcere*, decía, «hegemonía = coerción + hegemonía». Resultado: coerción = 0. Gramsci habla de aparatos hegemónicos, pero siempre desde el punto de vista de sus efectos inductores de hegemonía. No se plantea la pregunta: ¿qué es lo que impulsa o produce estos aparatos? ¿Cuál es, no su efecto, sino su motor? En otras palabras, desdeña la cohesión coercitiva que los mantiene unidos. La

analogía del oro parecía atraer a Althusser². Preguntó sobre la obra de Bobbio acerca de la sociedad civil y, en general, parecía estar siguiendo de cerca los debates italianos en torno a Gramsci.

TROTSKY

Trotsky era una parte indiscutible de la herencia del marxismo revolucionario y del movimiento obrero. ¿Quién podría negarlo? Sin embargo, ¿qué idea tenían aquellos que ingresaban en organizaciones trotskistas en aquel entonces? ¿Serían capaces de asumir un verdadero papel entre las masas? En Francia, la dirección del PCF seguía manteniendo una posición muy represiva y hostil hacia el trotskismo, si bien había algunas señales de cambio. En Saint-Étienne, durante las elecciones, el candidato comunista a la alcaldía había concedido una entrevista a *Rouge* (allí la Liga Comunista Revolucionaria había hecho campaña por el PCF). Sin embargo, el Politburó había rechazado airado autorizar cualquier entrevista a la prensa de la Liga, considerando la mera idea un motivo de denuncia, a diferencia de lo que sucedía en el PCI, por ejemplo. Althusser tenía amigos en la Liga.

LA CULTURA

Entre las muchas digresiones o comentarios que hizo Althusser sobre países o personas cabe recordar los siguientes, en la medida en que constituyen una muestra de sus puntos de vista y de su cultura.

Había visitado Rusia en una ocasión, en 1974, con motivo de un congreso sobre Hegel. Había allí algunos filósofos locales competentes, pero estaban obligados a disimular. Las obras de Althusser estaban rigurosamente prohibidas hasta el tercer círculo del infierno (es decir, la tercera categoría más restringida de libros en las bibliotecas, para la que se necesitaba un permiso especial). En Polonia se publicó *Lire Le capital*, en Rumanía, *Pour Marx* y en Hungría, una colección de escritos (que incluía un texto inédito en Occidente). Nada suyo se publicó en Bulgaria ni (por supuesto) en la RDA. Había viajado con frecuencia a Italia y hacía poco había estado en España, donde por primera vez se encontró con que tenía que responder preguntas de los periodistas.

² Véase P. Anderson, «The Antinomies of Antonio Gramsci», cit., pp. 42-43.

En economía, manifestó ser consciente del carácter potencialmente explosivo de la obra de Sraffa. En Francia había una fecunda escuela sraffiana, que giraba en torno a De Brunhoff y a Benetti. Al oír hablar de la obra de Ian Steedman, mostró interés y pidió que se le enviara una copia. Manifestó, en términos generales, una predisposición a aceptar que toda la teoría del valor de Marx puede estar equivocada, y que tal vez deba descartarse. Por otro lado, según observó, Marx había construido *El capital* de una forma completamente errónea, al empezar, en el capítulo I, por las mercancías.

En filosofía, manifestó no haber leído ni una sola línea de Russell ni de Wittgenstein. La gente le había dicho que su sentencia «la filosofía no tiene objeto» era idéntica a algunas máximas de Wittgenstein, y que había muchas analogías entre la obra de ambos. Pero Althusser no se había ocupado de Wittgenstein. En general, la tradición espiritualista francesa en filosofía es muy refractaria al neopositivismo anglo-austriaco, si bien dicha corriente cuenta ahora con algunos enclaves en París. Si hubiera de volver a escribir sobre filósofos, Althusser manifestó tener algo que decir sobre Maquiavelo (si bien no por el propio Maquiavelo, sino para explicar ciertos aspectos de Gramsci) y sobre Epicuro.

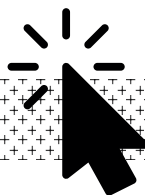
Althusser no había oído hablar de Sebastiano Timpanaro antes de leer su nombre en el capítulo de *Considerations on Western Marxism*. Mencionó que la teoría de las clases que Poulantzas expone en *Pouvoir politique et classes sociales* (1968) le había parecido escolástica y difícil de entender, aunque su autor tenía muchos otros méritos. Le sorprendió el hecho de que hubiera algún tipo de marxismo en Estados Unidos. Le gustaba Le Roy Ladurie, pero dijo de él que había sido un estalinista más que recalcitrante en su juventud, y que ahora era antimarxista. Lucien Sève era ahora el filósofo oficial del PCF, el director de Éditions Sociales, un hombre cuyo credo intelectual era el de un conformismo apasionado: su lema teórico era «debo, luego puedo». Entre los intelectuales ingleses, preguntó sobre Miliband (posiblemente porque ahora está escribiendo sobre el Estado) y James Klugmann, a quien lamentó no haber llamado durante su estancia, ya que Klugmann siempre le había publicado sus artículos en *Marxism Today* sin poner problemas. Sabía del nombramiento de Martin Jacques. Dijo que el segundo libro de Charles Bettelheim era probablemente superior al primero, ya que tenía menos la apariencia de ser una mera legitimación de la Revolución Cultural. Pensaba que Valentino Gerratana era un filósofo honesto, si bien criticaba, por su tono reverencial, el final de su reciente artículo sobre Gramsci.

ALTHUSSERIANISMO

Al hablar del «marxismo occidental», se preguntaba Althusser, ¿quién se ha detenido a analizar la manera en que ha sido sucesivamente apropiado y recogido en diferentes países, y por quién? Había ahí algunos fenómenos asombrosos. Althusser nunca dejó de sentir perplejidad o desconcierto ante lo que la gente hacía de su obra. En una organización, tus ideas podían ser cambiadas y distorsionadas, pero al menos ese era un proceso que podías controlar y medir hasta cierto punto, ya que podías ver lo que estaba ocurriendo. Fuera de las organizaciones, en cambio, la recepción de una obra era con frecuencia absolutamente extraña y desconcertante. ¿Quién había realmente recogido las ideas de Althusser y qué habían hecho con ellas? Había una anécdota que simbolizaba para él el destino que habían seguido. Cierta día vino un australiano a visitarlo para decirle que en las universidades de Australia había una tremenda trifulca entre los defensores y los enemigos de Althusser. Sus peleas habían hecho imposible la vida universitaria, sobre todo por la belicosidad de los althusserianos. ¿No podría él, Althusser, que sería seguramente un hombre razonable y de paz, tratar de restaurar la calma enviando un mensaje ecuménico a sus discípulos? ¡Mis ideas en Australia!, decía Althusser, con un deje de desesperación cómica, acerca de la *última thule*, la última frontera, del movimiento obrero. En un tono más triste, dijo que escribir libros era como arrojar una botella al mar con una nota en su interior.

Aula virtual

Porque el **saber** es una **arma**
de **construcción masiva**,
porque para **transformar** el mundo
necesitamos interpretarlo



El Aula Virtual de Nociones Comunes es el espacio online de producción y autoformación de la Fundación de los Comunes.

Organizamos cursos online sobre distintos temas:

Pensamiento crítico, feminismos, metrópolis, desigualdades urbanas, economía política, postcolonialidad, psicologías críticas, movimientos sociales...

Metodología

Videos + lecturas + foros + tutorización + trabajos

Desde cualquier lugar y en cualquier horario

Estamos en:

aula.fundaciondeloscomunes.net
aulavirtual@fundaciondeloscomunes.net

Síguenos en:



@AulaNociones



Aula Virtual



AulaNociones



**fundación de
los comunes**